

Castillo, Fernando

ferredbo@yahoo.com.ar

UNJU

Área de Interés: comunicación y política

Palabras claves : Discurso-desocupación-tramas

ALTOS HORNOS ZAPLA, PRIVATIZACIÓN Y DESPUÉS. NOTAS  
INTRODUCTORIAS A LA TRAMA DISCURSIVA DE LA DESOCUPACIÓN

Notas introductorias<sup>1</sup>

Altos Hornos Zapla (AHZ) fue –previamente a su privatización– un complejo de instalaciones fabriles emplazadas dispersamente en el departamento de Palpalá, provincia de Jujuy, orientado ante todo a la producción industrial de acero.

Según relatan Marcoleri de Olgún et al (2004), el establecimiento de esta serie de infraestructuras industriales y los comienzos de las actividades productivas de AHZ se encuadran cronológicamente en la década de 1940:

En los comienzos de 1941, el Ministerio de Ejército tuvo conocimiento de la existencia de mineral de hierro en las serranías del Zapla. Realizados los primeros cateos geológicos, en octubre de ese mismo año, se transfiere a la Dirección General de Fabricaciones Militares, organismo creado el 9 de octubre del citado año, el estudio de las posibilidades del yacimiento. A fines de 1942 se aprueba, por parte de la Legislatura jujeña y el Poder Ejecutivo Nacional, el convenio celebrado entre la provincia y la Dirección General de Fabricaciones Militares para su explotación e industrialización. Cumplidos los requisitos legales se crea, por Decreto N° 141.462 del 23 de enero de 1943, el establecimiento con el nombre de *Altos Hornos Zapla*.<sup>2</sup> (Marcoleri de Olgún et al, 2004)

Las instalaciones se hallaban –y hallan aún– diseminadas por todo el departamento; tanto en la ciudad de Palpalá, capital del departamento homónimo, como en otras localidades. El

complejo estaba constituido por cuatro centros productivos: Centro siderúrgico (ubicado en la ciudad de Palpalá), Centro Mina “9 de octubre”, Centro Mina “Puesto Viejo” y Centro Forestal. (Marcoleri de Olgún et al, 2004) Cada centro de producción contaba asimismo con complejos habitacionales para sus trabajadores, ordenados en términos jerárquicos de acuerdo a su posición en la estructura productiva, esto es, profesionales, administrativos y obreros; cuya construcción se fundaba en diferencias arquitectónicas y en distribuciones espaciales a partir de estos principios diferenciadores. Contaban los centros también con clubes, cines, escuelas, instalaciones médicas, casinos, iglesias. (Marcoleri de Olgún et al, 2004)

“El crecimiento urbano estuvo fuertemente condicionado por una mentalidad estamentaria, propia del sector militar, al cual pertenecían quienes dirigían AHZ”. (Bergesio et al, 2005) Este modelo de organización de la espacialidad es propio además de otros emprendimientos industriales estatales; tales son los casos de las disposiciones espaciales de las instalaciones habitacionales que Yacimientos Petrolíferos Fiscales (YPF) instaló en Neuquén y Salta. (Svampa y Pereira, 2003) (Sin embargo, el trazado que Maristella Svampa y Sebastián Pereira analizan se ancla en emplazamientos diferenciales distantes, es decir, a cada categoría, una localidad; el caso AHZ, así en la ciudad de Palpalá como en las otras localidades, remite a una trama urbana cuyos puntos física y estamentariamente separados se encuentran en la misma ciudad o localidad) De la misma manera, en el departamento de Palpalá, a partir del desarrollo de los centros productivos, la trama urbana que se fue dibujando se constituyó siguiendo y reproduciendo los parámetros jerárquicos del proceso de producción. Este proceso de dispersión y aislamiento de los barrios promovió la construcción de identidades parcialmente diferenciales. (Marcoleri de Olgún et al, 2004)

En paralelo al desarrollo de la fábrica se generó en torno a ésta toda una serie de industrias cuya producción se basaba en el acero; este doble despliegue de industrialización supuso demanda laboral. El proceso de industrialización, aseveran Marcoleri de Olgún et al, conllevó entonces que en el departamento de Palpalá, en un juego de movimientos migratorios, advinieran nuevos actores sociales; desde profesionales y mano de obra especializada (que generalmente provenían de otras provincias) hasta comerciantes, empleados del sector terciario, cuentapropistas e inmigrantes desde Bolivia. (2004)

La instalación de AHZ se inscribe en el proceso de industrialización por sustitución de importaciones. (Bergesio et al, 2005)

El aumento de la producción industrial nacional era un objetivo declarado de las políticas públicas (...) Durante el peronismo, el impulso industrialista se intensificó a través de políticas que buscaban completar el proceso de sustitución de importaciones por producción nacional caracterizado por el fuerte impulso a la participación del estado en la dirección y regulación de la economía. (Bergesio et al, 2005)

Este esquema se inscribe dentro de una tendencia desarrollista. El desarrollismo preconiza el crecimiento industrial, que se concibe como un concepto intercambiable con el progreso. En este sentido, una de las condiciones de posibilidad de la industrialización, según los desarrollistas, se asienta en la alianza entre los diferentes actores del proceso productivo; esto es, la subordinación de las relaciones de producción al desarrollo. Es decir, la relación antagónica entre las clases sociales debe ser superada, o sustituida, por la unidad nacional. (Rouquié, 1990)

En este sentido, Manuel Garretón (2003) encuadra esta relación en términos más amplios: el proceso productivo no puede reducirse sólo a los dos polos de las relaciones de producción; sino que implica otros actores. Lo que Garretón define como “matriz sociopolítica”, en cuanto resultado del conjunto de correlaciones entre el Estado, los partidos políticos y la sociedad civil, operó en gran medida sobre el proceso productivo.

La matriz sociopolítica clásica en Latinoamérica, que operó desde la década de 1930 a la de 1970, se realizó a partir de dos tipos de encuadramientos: por un lado, sus tres componentes, el Estado, los partidos políticos y los actores sociales, actuaban en conjunto con escasa autonomía entre sí; por otro lado, la unidad entre el desarrollo, la modernización, la integración social y la autonomía nacional. (Manuel Garretón, 2003)

El vertiginoso crecimiento de la producción industrial en la Argentina, apunta Rock, arrancó “a mediados de los años 30 y ganó impulso durante la [segunda] guerra [mundial]”. (1994) Este proceso operó principalmente a partir de una serie de políticas que se asentaban

en aranceles elevados a las importaciones, el bilateralismo –con Gran Bretaña– y el control de divisas. La producción textil encabezó la industrialización, que en un principio sólo generaba bienes de consumo; recién en una segunda etapa se desarrolló la industria pesada. (Rock, 1994) El incremento puede medirse de alguna manera a partir de los datos que Rock propone: entre 1927 y 1943, la industria creció a un ritmo anual del 3,4 por ciento; en 1914, se registró un índice demográfico de unos 383000 obreros industriales, que en 1935 alcanzaba 544000, en 1941, 830000, y en 1946, más de un millón; el número de firmas industriales trepó de poco menos de 41000 en 1935 a 86000 en 1946; finalmente, la producción industrial que en 1935 representaba el 40 por ciento de la producción nacional superó en 1943 por primera vez a la producción agrícola. (1994)

Este modelo de desarrollo industrial nacional, como afirman Bergesio et al (2005), permitió el avance hacia una distribución más equitativa del ingreso, sobre todo en relación al resto de Latinoamérica. Este proceso tuvo un fuerte impacto en términos integracionistas desde el punto de vista social (Svampa y Pereira, 2003): esta integración se generó a partir de políticas que se fundaban en el pleno empleo, “en términos de derechos sociales, protección social y estabilidad laboral”.

El tipo de intervención que llevaba en sí AHZ se asemeja al “modelo de civilización territorial”, como Svampa y Pereira designan al esquema de industrialización y urbanización llevado a cabo por YPF. De esta manera, proponen que la operación de la “ocupación del territorio [por YPF] no se circunscribió a la sola explotación de los recursos naturales sino que incluyó en todos los casos una extensa red de servicios sociales, recreativos y residenciales para el personal permanente”. (Svampa y Pereira, 2003) Esto es, AHZ, de la misma manera que YPF, no constituyó un enclave que pueda pensarse sólo como espacio productivo; sino que produjo una trama, fuertemente centralizada, en la que el conjunto de las prácticas sociales se encontraba determinado parcialmente por las implicaciones del proceso de producción.

La organización del proceso productivo se inscribe entonces en el marco de una formación biopolítica.<sup>3</sup> En este sentido, Maurizio Lazzarato afirma: “la ‘entrada de la vida en la historia’ corresponde al surgimiento del capitalismo. En efecto, desde el siglo XVIII, los

dispositivos de *poder* y de *saber* tienen en cuenta los ‘procesos de la vida’ y la posibilidad de controlarlos y modificarlos”. (Lazzarato, 2000) Es decir, que la instalación de los centros de producción de AHZ no constituye de hecho sólo el montaje y la gestión de la extracción y el procesamiento de minerales, sino que consiste en un complejo dispositivo de administración del conjunto de la vida.<sup>4</sup> Este entramado, no obstante, habría de fracturarse a partir de la privatización de AHZ.

La privatización de Altos Hornos Zapla, cuyo traspaso oficial se realizó en 1992, desempleó a unos 1500 obreros (como corolario de una década a lo largo de la cual ya se había reducido el plantel de 8000 a 2300 trabajadores). (Marcoleri del Olgún et al, 2004)

La venta de la fábrica se produce dentro del proceso de desestatización de las empresas públicas, como producto de la reformulación de las políticas económicas en el marco del desarrollo del proyecto neoliberal (estrategia que si bien fue en parte implementado por el último gobierno militar, fue exacerbado por el gobierno de Carlos Menem, en la década de 1990). Este modelo operó en la Argentina básicamente a partir de tres políticas: la privatización de las empresas públicas, la desregulación de la economía y apertura externa. (Bergesio et al, 2005) Integradas, estas estrategias impactaron gravemente sobre los trabajadores: ante todo, la privatización promovió despidos masivos, y la apertura, al suprimir las barreras proteccionistas, “produjo una fuerte competencia de productos extranjeros, más baratos, que obligó a la reorganización de la producción local para reducir costos”. (Bergesio et al, 2005)

Las políticas neoliberales supusieron el abandono del modelo de industrialización por sustitución de importaciones. (Lozano, 2001) La destrucción del aparato productivo, concluye Claudio Lozano, indujo a la desindustrialización y “a la consecuente expansión del desempleo y la reducción de ingresos”.

La privatización de AHZ, apuntan Bergesio et al, generó la pérdida de aproximadamente 2000 puestos de trabajo. (2005)

Las tramas de la narración y la experiencia

La desocupación supuso un acontecimiento cuya intensidad impactó profundamente sobre los trabajadores.<sup>5</sup> La ruptura de las redes laborales, como proceso de construcción

identitaria y subjetiva, constituyó una concatenación de hechos que operó en diversos procesos discursivos. Dentro de esta rearticulación discursiva, se produjeron dos momentos: la desocupación como la irrupción de un daño que desarticula el marco interpretativo –en tanto que trama discursiva– de los trabajadores y la operación –también discursiva– de recomposición, y los relatos sobre la desocupación.

El desempleo suprimió un orden preexistente. Lo que instaura esta nueva experiencia, afirma Manuel Cruz, “no es tanto un tiempo liberado de interpretaciones o relatos, como un tiempo interpretado o contado de otra manera”; (2004) esto es, ocurre una desarticulación entre las prácticas cotidianas y los marcos comprensivos en los cuales se inscriben.

Las categorías o conceptos constituyen los mimbres con los que se trenza el cesto de la interpretación, de manera que el abandono de éstos convierte en sumamente ardua la tarea de dar cuenta, de la manera que sea, de lo que ha interrumpido, abruptamente, en nuestras vidas. Probablemente sea éste el contexto discursivo en el que tengamos que inscribir el problema de los traumas. (Cruz, 2004)

Un trauma conlleva algo con lo que no se contaba.<sup>6</sup> La irrupción del trauma radica en la entrada en conflicto o impugnación inclusive de los esquemas discursivos heredados, esto es, los relatos históricos precedentes. En este sentido, puede trazarse una analogía entre las categorías de “trauma” y “crisis”, en los términos que propone Sergio Visacovsky.

[La crisis] constituye un acontecimiento signado por su violencia, fuerza que ha dejado sus huellas o marcas en la sociedad y en los individuos o, más propiamente, heridas causantes, a su vez, de dolor (...) [Constituye] una dislocación masiva del orden considerado normal (...) La historia parece aniquilada y las personas destruidas. (Visacovsky, 2004)<sup>7</sup>

La experiencia de la desocupación, con sus dislocaciones y heridas, puede tomarse de acuerdo a dos lecturas diferentes: por un lado, a partir de un anclaje arqueológico foucaultiano (Foucault, 2002); por otro, desde la categoría “estructuras del sentir” de

Raymond Williams. (1997)<sup>8</sup> El planteo arqueológico presupone en principio un juego relacional que funcione a modo de correlato del discurso. Foucault afirma que este juego se realiza entre formaciones discursivas, enunciados y acontecimientos de otro orden (técnico, económico). (2002) En este sentido, la trama discursiva que corresponde al marco interpretativo que describe Cruz emerge a partir de las relaciones entre discursos y, como elemento de ese otro orden que menciona Foucault, relaciones dentro del aparato productivo –y no necesariamente relaciones de producción–. Esto no implica precisamente el reingreso de una relación en términos de estructura y superestructura; es decir, que la correlación entre economía y discurso no se plantea en términos de determinación unívoca o causal, sino que el discurso adviene a partir de un correlato compuesto por una compleja red de elementos discursivos y no discursivos. Esto es, que las relaciones productivas que se proponen como correlato no implican forzosamente relaciones entre las posiciones del modo de producción –en último caso, relaciones de clase–, aunque, por supuesto, tampoco deben ser soslayadas ineludiblemente.

Este planteo se basa en que el marco interpretativo a partir del cual los trabajadores leen las prácticas cotidianas se inscribe en un dominio discursivo que puede designarse en términos generales –un poco apresuradamente– como el “mundo del trabajo”. Este dominio se delimita en la medida que se lo construye discursivamente y también a partir de posiciones objetivas en el aparato productivo –insistimos: no exactamente en términos de diferenciación–. Es esta relación entre la posesión de un empleo y el discurso sobre el trabajo lo que potenciará la emergencia de posiciones de sujeto “trabajadoras”. Las posiciones de sujeto se construyen discursivamente (Laclau y Mouffe, 2004); y dado que la simbolización que practican los sectores populares se funda plenamente en referentes concretos, esta construcción discursiva no puede sino partir de estos mismos. En este sentido, los referentes aludidos también son relaciones. En este caso, se hace referencia a la relación que los trabajadores estrechan con sus puestos de trabajo y con otros sujetos; en última instancia, relaciones entre posiciones de sujeto. Por un lado, las relaciones con el gremio, con los compañeros, con los “patrones”; por otro, el ausentismo, la huelga, el alcoholismo, operan como relaciones concretas a partir de las cuales se forma el marco interpretativo.

Las condiciones de posibilidad de un discurso propio del mundo del trabajo constituyen entonces múltiples, aunque finitas, correlaciones. Sin embargo, que los sujetos al insertarse en las redes laborales se imbriquen en este juego no implica que éste opere como un principio determinante único.

Por otro lado, Williams abre las posibilidades de pensar este juego relacional en términos de experiencia. La relación del sujeto con las posiciones que ocupa en el modo de producción y con el juego relacional que describimos no es de determinación plena, sino, parcial.

El sentido de exterioridad es decisivo en el desarrollo del concepto de ‘determinismo’, en el cual algún poder (Dios, la Naturaleza o la Historia) controla o decide el resultado de una acción. Éste es el determinismo abstracto, que debe distinguirse de un determinismo inherente (...) en el cual el carácter esencial de un proceso o las propiedades de sus componentes son conservados para determinar (controlar) su resultado. (Williams, 1997)

Las afirmaciones de Williams en torno a la relación entre base y superestructura preconizan la superación del uso de categorías abstractas. Lo que debe indagarse, según Williams, son las relaciones existentes entre la producción material, las prácticas políticas, y la cultura; esto es, procesos específicos, y no la base y la superestructura.

Estos presuntos principios determinantes son de alguna manera vividos, experimentados. Sin embargo, estos principios actúan fijando el campo de acción de los sujetos. Debido a que los trabajadores se encuentran inmersos en un enmarañado campo de principios que intentan fijar el sentido de los discursos, la experiencia no puede constituirse en un “texto” coherente; sino más bien, contradictorio, confuso y fragmentario.

Cuando los trabajadores despedidos de AHZ intentan narrar el proceso de la desocupación, el relato guarda una tensión ineludible: el conflicto entre el sujeto y el sujeto colectivo. Que cada trabajador se encuentre desdoblado en una dimensión singular y otra colectiva que no puede resolver da cuenta de que el pasaje de la experiencia al discurso es ante todo conflictivo.

Jerome Bruner afirma que el relato y el argumento, si bien corresponden ambos a operaciones que tienden a convencer, tienden a finalidades estratégicas diferentes, esto es, difieren de lo que quieren convencer. “Los argumentos convencen de su verdad, los relatos de su semejanza con la vida. En uno la verificación se realiza mediante procedimientos que permiten establecer una prueba formal y empírica. En el otro no se establece la verdad sino la verosimilitud”. (1988)

El relato sobre la desocupación y sus implicaciones está marcado por la incertidumbre, el dolor y una falta. Esta narración, además de dar cuenta de la situación del desempleo, intenta mostrar cómo se luchó contra esta situación. En cada relato se evidencia que las diferentes demandas sobre el sujeto desempleado –ante todo, las demandas familiares y las sindicales– intentan ya sea suprimirse o articular a las otras desde un principio unificante. La imposibilidad de un relato unificado y coherente es producto de la irreductibilidad de las demandas. El relato funciona así a partir de un dispositivo de relevos: conforme se vaya narrando una “parte” de la experiencia, esta porción asumirá una mayor importancia en referencia a las otras; en la medida que la narración asuma otro eje temático, el sentido será fijado parcial y temporalmente a partir de éste en detrimento del anterior. Dado que el alto grado de confusión e incertidumbre es el fundamento mismo de esta experiencia, el proceso narrativo puede concebirse como una serie inconclusa de elaboraciones secundarias; esto es, de la misma manera que la narración de un sueño, el relato sobre la desocupación tiende a ser coherente, a eliminar los absurdos aparentes.

Desocupación y después

Los casos de los entrevistados dan cuenta de un perfil que Svampa (2000) define como el “viejo trabajador integrado”:

[Éste] tiene como correlato un trabajador metalúrgico cuya actividad y aspiraciones se han desarrollado fuera del universo sindical y político. Por supuesto que presenta algunas características similares al primer tipo esbozado [el “viejo militante sindical histórico”], pero las diferencias se plantean con claridad en cuanto se comprende que el eje articulador de su identidad social no es la adhesión político-partidaria ni el

orgullo sindical propiamente dicho sino una cultura del trabajo vinculada estrechamente a la ampliación del consumo y a un proyecto de movilidad social ascendente. (Svampa, 2000)

En este sentido, estos relatos parten de una tipología de incertidumbre que se funda parcialmente ante la plausibilidad del cese consumidor de bienes específicos: no hay dolor o tristeza –como ellos mismos definen su situación– ante la posibilidad del hambre, sino ante las facturas de los servicios y las cuotas del colegio privado. Cuando describen la etapa previa al despido señalan sobre todo los beneficios; y dentro de estas garantías destacan que gracias al trabajo pudieron hacer estudiar a sus hijos –de la misma manera que pudieron otros trabajadores–. Esto es, que los miedos –entre ellos a la migración– contienen una dimensión específica: no es ya la existencia lo que está en juego, sino las formas culturales y materiales de esa existencia.

La relación que describen con los otros trabajadores se asienta en la tensión entre las demandas propias y las colectivas. Uno de los puntos conflictivos de la trama es la relación con el sindicato. Los entrevistados expresan un explícito rechazo ante las prácticas sindicales y los que ellos consideran son sus objetivos. Conciben que el sindicalismo es un momento mediador entre los obreros y los patrones, una instancia que tiende a resolver los conflictos. Lo específico de esta aproximación es que piensa a los conflictos en las relaciones de producción como algo externo al trabajo. El sindicato opera, siempre según la lectura de los entrevistados, como la posibilidad de demandar algo desligado del mundo del trabajo. Desde esta tesitura, el que apela al sindicato lo hace para que éste lo proteja ante los patrones por cuestiones como el ausentismo y por el consumo de bebidas alcohólicas –prohibido en la fábrica–. En sí, “el sindicato es para defender a los vagos –los que les gusta faltar y les gusta chupar–”. El sindicato no representa así sin más la cultura obrera; todo lo contrario, supone un referente a partir del cual, en oposición, puede construirse una “verdadera cultura trabajadora”. La relación con los otros obreros se encuentra así desdoblada: por un lado, el sindicato; y, por otro, los compañeros –porque la relación solidaria que se extiende entre ellos, con o sin eje articulador, se expresa a partir de ese referente–.

La reducción de los sindicalistas a vagos opera a través de una política –encuadrada dentro de un marco interpretativo– que engrana con la concepción de que siempre es mejor trabajar que protestar. Esta política mostró su eficacia en el contexto de la desocupación. Los entrevistados, como otros trabajadores de AHZ, dependían, además del trabajo formal que suponía el empleo en la fábrica, de trabajos informales –sobre todo, en el rubro de la construcción–. Estas labores no constituían empleos plenos; se trataban más bien de instancias de subocupación. Si bien eran discontinuos, se trataban de fuentes de ingresos concretas. Al quedar desocupados, estos trabajadores se insertaron en parte al mundo laboral. Es decir, que la desocupación impactó parcialmente sobre éstos y sus familias. No es que no hubo crisis, sino que al re-insertarse rápidamente en un medio laboral les permitió medianamente afrontar y recomponer su situación.

La preocupación que los entrevistados expresaron se basa particularmente en la pérdida del empleo, como un problema personal antes que colectivo. En estos casos la recomposición parcial de su situación laboral también estuvo anclada en políticas individuales.

#### Notas

<sup>1</sup> Seguimos en esta introducción ante todo las propuestas de Marcoleri de Olguín, María Elena; Bergesio, Liliana y Golovanevsky, Laura (2004 y 2005). Agradecemos a Liliana Bergesio por su amable colaboración.

<sup>2</sup> La Dirección General de Fabricaciones Militares, bajo el mando del Ejército, tenía como objetivo primario la fabricación de armamento. La creación de este organismo, como afirma David Rock, “señaló un importante avance en la actividad industrial por parte del Ejército y también revelaba la creciente influencia de las ideas nacionalistas en sus filas.” (1994)

<sup>3</sup> La biopolítica, en tanto que categoría foucaultiana, supone series de prácticas orientadas al ejercicio del poder sobre los cuerpos, en vista de que en conjunto operen como mecanismo productivo.

<sup>4</sup> Nótese, como ejemplo de la profunda integración entre la fábrica y otras prácticas no productivas, que los trabajadores incorporados al plantel fabril adquirirían inmediatamente, además de la incorporación al gremio, el carácter de socios del club Altos Hornos Zapla.

<sup>5</sup> La emergencia de vastos sectores desocupados, como proceso de construcción de la subjetividad, es inherente a las prácticas capitalistas; como afirma Ana Dinerstein, “la valorización del capital y sus transformaciones no ‘afectan’ a las personas sino que *las constituyen en sujetos sociales.*” (2001)

<sup>6</sup> “Trauma”, desde Freud, corresponde a una herida psíquica generada por un shock emocional súbito e inesperado. Esta lesión está ligada además a la incapacidad del sujeto para responder ante este shock.

<sup>7</sup> Al respecto, en un encuadre específico del desempleo y en referencia a la desestructuración del mundo masculino, Svampa y Pereira afirman: “Expulsados del mercado laboral, los hombres fueron los protagonistas principales de un proceso de cambio que desembocó a la vez en una desestructuración social y en una dislocación personal (...) Desde esta perspectiva, no había posibilidad de recomposición –esto es, de redefinición positiva– de la situación: la experiencia de la desocupación no podía conducir sino a la pasividad, la reclusión, la vergüenza, la autoculpabilización.” (2003)

<sup>8</sup> Ambas propuestas aluden a diferentes dimensiones analíticas; por tanto, desde nuestra perspectiva, ninguna puede reducirse a la otra, ni contenerla a la otra.

#### Bibliografía

Bergesio, Liliana; Golovanevsky, Laura y Marcoleri de Olguín, María Elena, “Desempleo y pobreza en el conurbano jujeño. Los casos de Palpalá y Alto Comedero”, Foro: Trayectos y Territorios de Desempleo. Sus efectos sobre los espacios regionales y locales, Mar del Plata, 18 y 29 de marzo de 2005.

Bruner, Jerome, Realidad mental y mundos posibles, Gedisa, Barcelona, 1988.

Cruz, Manuel, “Sobre desastres y traumas” en Mal estar- psicoanálisis / cultura, Número 3, Buenos Aires, 2004.

Dinerstein, Ana, “El poder de lo irrealizado. El corte de ruta en Argentina y el potencial subversivo de la mundialización” en OSAL N° 5, Buenos Aires, 2001.

Foucault, Michel, Arqueología del saber, Siglo XXI, Buenos Aires, 2002.

Garretón, Manuel, “La transformación de la acción colectiva en América Latina” en Trampas de la comunicación y la cultura, N° 10, Buenos Aires, 2003.

Laclau, Ernesto y Mouffe, Chantal, *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2004.

Lazzarato, Maurizio, “Del biopoder a la biopolítica”, marzo de 2000, en la siguiente dirección electrónica (URL):

<http://multitudes.samizdat.net/del-biopoder-a-la-biopolitica.htm>

Lozano, Claudio, “Contexto económico y político en la protesta social de la Argentina contemporánea” en OSAL N° 5, Buenos Aires, 2001.

Marcoleri de Olguín, María Elena, Bergesio, Liliana y Golovanevsky, Laura, “Palpalá: historia y diagnóstico de una ciudad que fue siderúrgica”, 2004, en la siguiente dirección electrónica (URL): <http://www.naya.org.ar/congreso2004/ponencias>

Rock, David, *Argentina 1516-1987. Desde la colonización española hasta Raúl Alfonsín*, Alianza, Buenos Aires, 1994.

Rouquié, Alain, *Extremo occidente. Introducción a América Latina*, Emecé, Buenos Aires, 1990.

Svampa, Maristella, (Comp.) “Identidades astilladas. De la patria metalúrgica al heavy metal” en *Desde abajo. La transformación de las identidades sociales*, Biblos, Buenos Aires, 2000.

Svampa, Maristella y Pereyra, Sebastián, *Entre la ruta y el barrio. Las experiencias de las organizaciones piqueteras*, Biblos, Buenos Aires, 2003.

Visacovsky, Sergio, “Cuando las convicciones se derrumban. La organización de las experiencias desorganizadoras en las crisis sociales” en *Mal estar- psicoanálisis / cultura*, Número 3, Buenos Aires, 2004.

Williams, Raymond, *Marxismo y literatura*, Ediciones Península, Barcelona, 1997.